

Delia Domínguez en su gallinero

Hay escritores que vienen a quedarse. Otros llegan, meten bulla, chisporrotean y pasan. Se apagó el chunchón. La nómina de los que pasaron bordea peligrosamente los límites de lo infinito, porque, según se dice, hasta lo infinito tiene límites. Paul Groussac, francés argentino, en busca medida uno de los padres estilísticos de Jorge Luis Borges (también director en su tiempo de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires), reunió una escuálida galería de próceres de la historia de su nueva patria bajo el título de "Los que pasaban". Curiosamente, "Los que pasaban", de Groussac, pasaron para quedarse.

EN UN LIBRO de reciente aparición en Chile -edición exquisita-, "La gallina castellana y otros huevos", la autora es presentada de esta forma: "Desde lejos viene, camina verde". Delia Domínguez por los senderos de la poesía y de la vida, lo cual quiere decir, naturalmente, que lleva mucho camino recorrido, muchos libros publicados, mucha experiencia y no poca subiduría... Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua, columnista y reportera por más de 30 años, agricultora y criadora de caballos, productora de miel, eterna animadora de actividades culturales, difícil sería seguirle el tranco a esta Delia Domínguez, reclamada al mismo tiempo por los pastizales del sur y por las urgencias literarias y académicas de Santiago."

Y ahora, como puede registrarse, criadora de gallinas... castellanas.

La ilustración de la portada del volumen (Tacamó Ediciones, Chile) se debe a Claudio Bravo, nada menos. En ella, una gallina castellana medita visiblemente delante de un conjunto de cinco huevos.

NO BASTA con que un libro de poemas se llame "La gallina castellana y otros huevos". Es preciso, a la vez, que en sus páginas resplandezca la gallina. Inútilmente hemos buscado en nuestra biblioteca un tratado o un mero epítome sobre el tema. Confesémosnos autores de una negligencia imperdonable. ¿Cuánto tiempo hace que vimos la última gallina castellana? En 1950 -viamos en Apoquindo arriba, cuando Apoquindo era virtualmente puro campo circundado por el campo. En el fondo de la casa, manteníamos un gallinero de dimensiones modestas, donde habitaban

por lo menos dos gallinas castellanas. Una noche se produjo un alboroto de gallinas. Surgió la infaltable pregunta: "¿Se las estarían robando?". Y la seguridad del ciego que cree ver con ojo de aguililla: "No; todas están en su lugar". A la mañana siguiente no nos despertó el canto del gallo. Había desaparecido junto con sus gallinas, incluidas las castellanas.

Se especulaba entonces con la especie de que, para robar gallinas, los ladrones se hacían invisibles quitándose la ropa. Ahora los ladrones de gallinas las asaltan, pistola en mano.

¡Alas arriba!

En la página 18 de su libro, Delia Domínguez inserta unas "Sabidurías de gallinero I":

Difícil sería seguirle el tranco a esta Delia Domínguez, reclamada al mismo tiempo por los pastizales del sur y por las urgencias literarias y académicas de Santiago



POETA Delia Domínguez, académica y reportera.

"La cosa es saber sin abrir los ojos si al tanto o si el huevo está producido o está hueco, porque si está hueco seríamos nosotros / yomas de culabris y el poema que estoy escribiendo no se escribiría nunca, a no ser que el propio Resucitado empollara y entonces: creo en Dios Madre todopoderosa..."

Recordamos un episodio de 1966. Homenaje del directorio de la Sociedad de Escritores de Chile al poeta Pablo Neruda. Un discípulo de Samuel Johnson contaba así escenas peculiares de aquella manifestación realizada en la casa del escritor: "La palabra de Neruda. En primer lugar, agradece a Delia Domínguez el obsequio del 'sacquito con piedrecitas de la amada patria del Sur'. Esto es, según el Poeta, la

más grande muestra de cariño que pueda brindarsele. Pasa luego a los discursos de los señores Oyarzún y Alegría. Su voz pausada, lenta, nasal, impone admiración y respeto. Su corazón es una llama viva de amistad hacia todos..."

NERUDA, en verdad, experimentaba notable afecto por la persona y la obra poética de Delia Domínguez. Latcham, como bien apunta el solapista, acertó, ya en 1960, al poner énfasis en detalle de la combinación excelente de lo popular y lo refinado que traspasa la poesía de Delia Domínguez. A su turno en el prólogo, todo un prólogo, Gonzalo Rojas, Premio Nacional de Literatura, advierte: "Paremos aquí el más peligroso de los bienes: la palabra. Ni usted ni yo sabemos cuánta indolencia única era Delia Domínguez en nuestra poesía".